

Hospitalidad



Pauline Lodder
María de Jesús Chávez-Camacho Pedraza

Contenido

Introducción.....	3
Hacer espacio	4
La primera escuela de vida.....	5
El arte de escuchar	6
Aprender de la naturaleza	7
Hospedar momentos	8
Faltan posadas	9
Navidad y hospitalidad.....	10
Oasis de hospitalidad	11
Pax Dei	12
Página de créditos	13

Introducción

En el Nuevo Testamento, en el último capítulo de la Carta a los Hebreos podemos leer: “No olvidéis la hospitalidad” (Heb 13,2).

Deseamos recordar la importancia de vivir la hospitalidad. A lo largo de la vida todo ser humano tiene la experiencia de acoger o ser acogido.

Hacer espacio

La primera experiencia de hospitalidad es sin duda la presencia de un feto en el cuerpo de la madre, a partir del momento mismo de la concepción. Desde ese instante, madre e hijo comienzan a comunicar. El cuerpo de la madre aprende a reconocer que esta novedad interna no es una amenaza. La mayoría de las veces las madres se llenan de alegría de acoger un nuevo ser en sus entrañas.

Una cosa visible desde el exterior es que la barriga de la madre va creciendo: está haciendo espacio.

Allí ya tenemos dos fundamentos básicos de la hospitalidad: reconocer que el otro no es una amenaza, alegrarnos de su presencia y estar dispuesto a hacer espacio.

La hospitalidad implica estar dispuesto a convivir y a acoger la novedad del otro.

La primera escuela de vida

El hogar es la primera escuela de vida. Por ello es importante que entre sus paredes se aprenda el arte de acoger, la escucha atenta, abrazar la diversidad, abrir el corazón. Ojalá nuestras casas fuesen los primeros lugares donde florezcan estas bases de la hospitalidad.

En muchos países europeos se habla de la crisis de alojamiento. Pero existe otra crisis: la crisis de hogar. No se trata de una crisis de ladrillos, sino de una crisis de calor humano.

La palabra hogar tiene su origen en el concepto del fuego. En el centro de las casas había una hoguera, alrededor de la cual, se reunía el grupo buscando luz, calor y protección. Y era alrededor de esa hoguera donde se contaban historias, donde había una cierta intimidad.

Me puedo hacer la pregunta si en la casa donde vivo tengo o tenemos este fuego, quizás no de chimenea, pero sí de calor humano, donde compartimos sobre nuestras vidas, donde nos escuchamos y donde hay un lugar disponible para el forastero...

El arte de escuchar

La hospitalidad es un arte. No se trata solo de abrir la puerta, sino de buscar que el otro se sienta bienvenido. Los gestos y detalles transmiten más que las palabras.

Un aspecto esencial de este arte es saber escuchar. Se trata de acoger las palabras del otro. Escuchar es un regalo silencioso. Cuando escuchas de verdad, le dices al otro: "Tu mundo interior importa. Lo que vives, piensas y sientes tiene un lugar aquí conmigo".

Escuchar también es un acto de humildad. Implica dejar de lado nuestro propio juicio, ego o prisa, y abrir espacio a la voz del otro. Requiere paciencia y la disposición de aprender, incluso cuando lo que escuchamos desafía nuestras ideas o expectativas.

En los evangelios se pide a los discípulos que escuchen a Jesús. Por ejemplo, en el relato de la transfiguración, se oye una voz que dice: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo» (Mc 9,7).

¿Y nosotros, discípulos de hoy, cómo y cuándo escuchamos a este huésped tan importante en nuestras vidas, que es Jesús?

Aprender de la naturaleza

Es muy hermoso contemplar la naturaleza y aprender de ella la hospitalidad.

El escritor indio, Satish Kumar, cuenta cómo los árboles nos pueden enseñar a ser hospitalarios. Quien se acerca a un árbol, sea quien sea, puede disponer de sus frutos. Ya sea joven o viejo, ser humano o animal, rico o pobre, todos son bienvenidos y pueden coger frutos. También pueden sentarse bajo su sombra.

En el evangelio de Mateo, leemos que Jesús propone una parábola en donde dice que el reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que una persona siembra en su campo. Y, *“aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas”* (Mt 13,32).

Quizá la hospitalidad comienza con una pequeña semilla.

Hospedar momentos

La hospitalidad no es solo abrir la puerta de nuestra casa; es abrir la puerta de nuestro tiempo, que a veces cuidamos más celosamente que nuestros espacios.

¡Cuántas veces nos falta disponibilidad! Vivimos llenos de horarios, citas y compromisos. La hospitalidad auténtica comienza cuando dejamos que alguien entre en nuestras prioridades.

Y no solo se trata de hospedar personas, sino de hospedar momentos.

La hospitalidad del tiempo significa también abrir el corazón al presente, dejarlo entrar, darle un lugar, permitir que nos hable.

Cada día tiene pequeñas visitas:
una flor que invita a ser contemplada,
una canción que pide ser escuchada,
una palabra que surge y quiere ser dicha,
una mirada que despierta ternura...

Dios también nos visita. Se hace huésped del tiempo: habita nuestro tiempo como un visitante discreto. No llega imponiéndose, sino toca suavemente la puerta de nuestra vida, esperando un gesto de apertura...

Faltan posadas

Según el Evangelio de Lucas, cuando José y María llegaron a Belén, en Judea, para empadronarse, no había sitio para ellos en la posada. Es una realidad hoy también: hay personas que no encuentran un lugar donde hospedarse. Faltan posadas: casas pequeñas de huéspedes que ofrecen un ambiente familiar.

Falta hospitalidad social, colectiva, diferente a la privada o la comercial. Necesitamos más lugares de acogida, organizados por grupos, asociaciones o instituciones, sin fines comerciales, basadas en la solidaridad.

No siempre es posible acoger personas en nuestras casas, en nuestras familias. Existen límites del espacio físico y también límites personales.

A veces también se requiere profesionalidad.

En la parábola del Buen Samaritano se menciona una posada: el samaritano lleva al herido que encuentra en el camino a una posada.

Hay muchos heridos “de camino” en nuestras sociedades. Necesitan una posada donde sean acogidos, amados y cuidados para seguir adelante. Quizás estas navidades podemos reflexionar sobre cómo organizar o apoyar que haya más posadas en nuestros entornos cercanos.

Navidad y hospitalidad

Estamos celebrando Navidad, recordando el nacimiento de Jesús de Nazaret. En Belén, a causa del censo, había mucha gente, y no se encontró posada donde María y José pudieran alojarse. Siempre me he preguntado si el establo al que llegaron estaba realmente vacío...

Me gusta pensar que el buey ya estaba allí, y que fue él quien acogió a José, a María, a la mula y al niño que estaba por nacer. Que ofreció su presencia y su calor en la noche. Que el primer gesto de hospitalidad vino de un animal sencillo.

La presencia del buey y la mula es muy popular en nuestras representaciones navideñas, aunque no aparece en los relatos de los evangelios. Su inspiración nace de un texto del Antiguo Testamento, del profeta Isaías: «El buey conoce a su amo y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende» (Is 1,3).

Isaías nos recuerda que los animales, considerados simples, saben reconocer quién los cuida y dónde encontrar protección y alimento. En cambio, el ser humano, dotado de razón y libertad, puede vivir en la ignorancia, creerse autosuficiente y generar caos allí donde podría haber armonía.

Por eso, no sobran los animales en nuestros pesebres, en nuestros nacimientos. Ellos representan un lugar humilde donde, sin embargo, no falta la hospitalidad. El buey y la mula conviven con María, José y el Niño, y juntos reciben a los pastores y a los sabios de Oriente.

La Navidad nos enseña que la hospitalidad puede practicarse en un establo y que el misterio del amor puede nacer en cualquier rincón del universo.

Oasis de hospitalidad

En muchas culturas se celebra el inicio de un nuevo año, mientras que millones de personas en el mundo se rigen por calendarios diferentes.

En 1968, en un contexto marcado por profundos conflictos y como respuesta a la guerra de Vietnam, la Iglesia católica instituyó el 1 de enero como la Jornada Mundial de la Paz. Desde entonces, cada año lanza en esta fecha un mensaje de paz dirigido a toda la humanidad. El mensaje para 2026, del papa León XIV, lleva por título: «La paz esté con todos ustedes: hacia una paz desarmada y desarmante».

Cuando Pedro quiso defender a Jesús con la espada, él le respondió: «Envaina la espada» (Mt 26,52). Hoy, sin embargo, el mundo parece avanzar en sentido contrario: se rearma, alimentando una cultura del miedo y de la amenaza.

La hospitalidad no admite armas. Según el evangelio de Marcos, Jesús envía a sus discípulos en misión con estas palabras: Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja... (Mc 6,8). La confianza, y no la violencia, es el fundamento del anuncio.

En su mensaje del 1ero de enero 2026, la Iglesia invita también a «que cada comunidad se convierta en una casa de paz, donde aprendamos a desactivar la hostilidad mediante el diálogo, donde se practique la justicia y se preserve el perdón».

La hostilidad es lo contrario de la hospitalidad.

Que en este nuevo año sepamos disminuir las hostilidades y crear oasis de hospitalidad, donde se viva una paz integral: desarmada y desarmante.

Pax Dei

En la Edad Media existió una práctica conocida como la Paz de Dios (Pax Dei): las iglesias eran consideradas lugares inviolables. Dentro de ellas y en un radio determinado a su alrededor —a veces medido en pasos, treinta o cuarenta— estaba prohibido ejercer cualquier forma de violencia. Ese perímetro sagrado, llamado asilo o santuario, impedía el uso de armas, el derramamiento de sangre y la ejecución de venganzas. Transgredirlo no era solo un delito, sino un sacrilegio, una ofensa directa a Dios.

El filósofo catalán Josep Maria Esquirol extrae de esta tradición una imagen luminosa: el mundo como un vasto mapa salpicado de círculos de paz. No sería necesario que lo cubrieran por completo; bastaría con que fueran suficientes para que, por su sola presencia, la paz se irradiara hacia los lugares colindantes y se extendiera poco a poco.

Hoy pienso en los migrantes, huyendo de la violencia y la injusticia, buscan precisamente estos espacios de paz. En el fondo, todos somos de algún modo migrantes, nómadas en la tierra. Nada nos pertenece del todo. Llegamos a este mundo y partimos más tarde, llevando únicamente la experiencia de haber sido. La mayoría de las personas deseamos poder vivir el tiempo de nuestra única vida, en paz.

Jesús nos dejó gestos concretos para hacer memoria de él: lavarnos los pies unos a otros y compartir el pan y el vino. La hospitalidad, podría entenderse como un espacio de paz, abierto a todos, donde no falten el cuidado mutuo, ni el pan, ni la alegría.

Página de créditos

Gratuidad

*Este e-book está gratis a su disposición
y agradecemos su difusión.*

*Si desean ayudar a la Colegiata Cielo en la Tierra
a seguir su labor, sus donativos son bienvenidos.*

Cuenta bancaria:

Colegiata Cielo en la Tierra

Caixabank ES56 2100 0963 6502 0051 8238

Pauline Lodder y María de Jesús Chávez-Camacho Pedraza
son miembros de la Colegiata Cielo en la Tierra.



www.colegiatacieloenlatierra.org